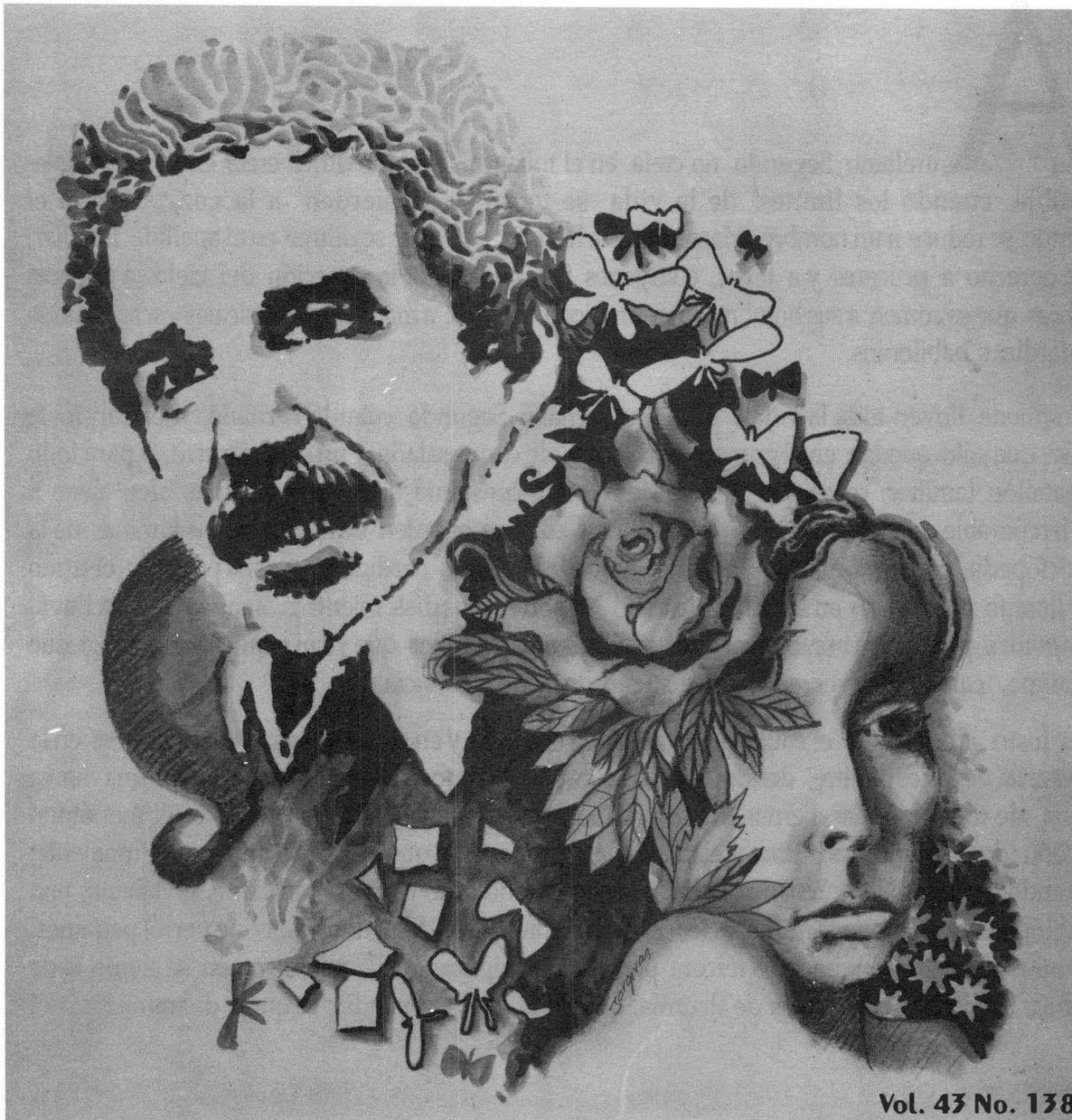


POR: ELSA EFIGENIA VÁSQUEZ R.

DIATRIBAS Y DEUDAS DE AMOR



Vol. 43 No. 138

*"¡Lástima que el amor un diccionario
no tenga donde hallar cuándo el orgullo es simplemente orgullo
y cuándo es dignidad".*

Bécquer

Aureliano Segundo no creía en el milagro. Pero es difícil creer en lo imposible cuando los límites de la vida se tocan y se pierden a la vez, cuando el mundo se reduce a un nombre, Macondo, y la historia personal se diluye en el apellido familiar, con derecho a próceres y a locos, a vírgenes imantadas por la atracción del cielo, a mujeres feroces que se comen a sus hombres, a insomnios y olvidos, a mariposas musicales escapadas de los jardines babilonios.

12

"No puede llover toda la vida", afirma Aureliano Segundo cuando Fernanda del Carpio le avisa que sólo quedan en el granero "seis kilos de carne salada y un saco de arroz" para todo el batallón familiar, como si el milagro de la lluvia constante no fuera cosa suya, algo ajeno a él, irreparable, el cielo roto allá afuera y aquí adentro el orden de lo diario, las láminas de la enciclopedia con un supuesto coronel Aureliano Buendía perdido entre sus páginas, el ritmo del tiempo palpitando en sordina, alejando las horas y los días mientras, suavemente, la lluvia inmoviliza por fin los brazos inactivos y sólo quedan los ojos que ya ni siquiera esperan a que escampe, caídos otra vez en el dulce sueño de la inconsciencia.

Y es justo allí, cuando el ruido de las gotas en el tejado y en el patio empieza a perderse en la memoria de la costumbre, donde García Márquez (el autor del milagro) deja caer una nueva lluvia de toda la vida: Fernanda del Carpio comienza su cantaleta, "...como el monótono bordón de una guitarra", una queja también irreparable que irá creciendo paulatinamente, llenando los oídos de Aureliano Segundo, un moscardón de zumbido constante, un tábano, una sanguijuela que le arrancará la paciencia de hombre dormido a mordiditas de perro pequinés. El autor narra, conservando la tercera persona, las réplicas de Fernanda quien se siente la de menos, la cachaca con ínfulas de alcurmia, que así la ven los Buendía; se queja de sus ojeras, del

cansancio, de sus manos reseca por el trabajo doméstico; se queja de ser la mujer de hogar, sumisa a Dios y a su marido, acordeonero trashumante que ni siquiera le reserva "...las maromas y vagabundinas que hacía con la otra, que por supuesto se prestaba a todo, como las matronas francesas..." sabiendo que ella, tal vez, si se lo pidiera, accedería a lo que niega, "...semejantes porquerías, imagínese, ni más faltaba, con la hija única y bienamada de doña Renata Argote y don Fernando del Carpio..."; se queja de la falta de consideración de "su legítimo perjudicador", pues al fin y al cabo las otras no importarían si él se tomara la molestia de por lo menos una vez al año preguntarle cómo está, o incitarla a que se tome un descanso, un día para ella, para recuperar su puesto de princesa, de diosa destronada al salir de la casa paterna; se queja, Fernanda, en fin de banalidades, como si su lluvia no tuviera la fuerza de romper los desagües, como si su lluvia fuera una llovizna mojabobos, y se sorprende cuando

Aureliano Segundo, con extremada parsimonia, se levanta del corredor y empieza a romper todo lo quebrable en la casa, comenzando por las macetas de flores y terminando con la vajilla y la cristalería de Bohemia, movido por "la tremenda fuerza interior de la cantaleta".

Es un García Márquez que se divierte insertando en la epopeya macondiana un episodio de mujer histérica. Y sí, se divierte y nos divierte con la diatriba de Fernanda, y pasamos la página sin advertir el dolor contenido de la mujer insatisfecha, y olvidamos bien pronto el rumor del reclamo, la lluvia de reproches, el plato a plato y copa a copa estrellados contra el suelo con un allegro moderado de puntada final. Veinte años después, frente a su mitológica rosa amarilla, el escritor habrá de recordar ese último movimiento y sentirá que algo le debe a Fernanda del Carpio, a Aureliano Segundo, a sí mismo, y soltará el monólogo para mujer sola (y solitaria).

En "Diatriba de amor contra un hombre sentado", de reciente aparición en Arango Editores, esta vez no necesita de toda una familia de siete generaciones, ni de realismo mágico, género ya superado por el mismo autor desde "crónica de una muerte anunciada", ni de la lluvia como recurso estético, porque la avalancha de juicio final de la señora Graciela de Jaraiz de la Vera, contenida durante veinticinco años de matrimonio feliz, está concentrada en una comprensión más profunda de la mujer, aunque no total.

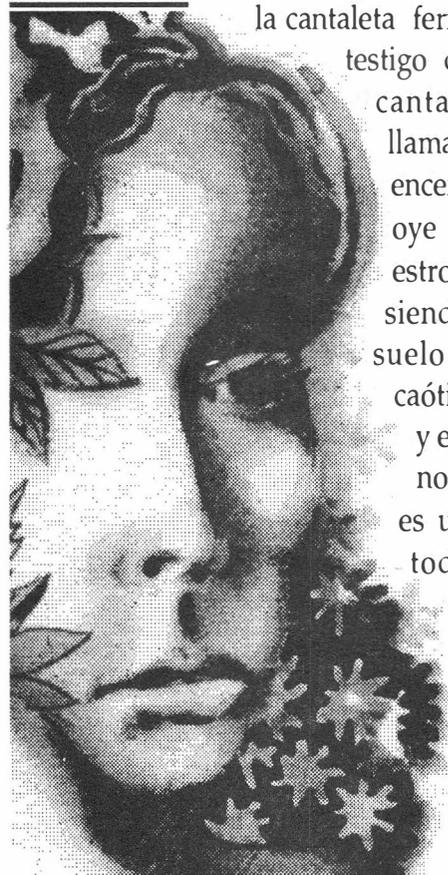
14

El espectador de la Diatriba asiste al final de la cantaleta fernandina, para empezar a ser testigo de la verdadera fuerza de la cantaleta: "Antes del tercer llamado, aún con el telón bajo y encendidas las luces de la sala, se oye en el fondo del escenario el estropicio de una vajilla que está siendo despedazada contra el suelo. No es una destrucción caótica, sino más bien sistemática y en cierto modo jubilosa, pero no hay duda de que el motivo es una rabia incontenible". Y todavía no comienzan los reclamos, por lo menos para el espectador, porque para el esposo, imaginamos, es el

EL ESPECTADOR DE LA DIATRIBA ASISTE AL FINAL DE LA CANTALETA FERNANDINA, PARA EMPEZAR A SER TESTIGO DE LA VERDADERA FUERZA DE LA CANTALETA

límite después de escucharlos durante toda la noche, seguramente en tono bajo, como en sordina, aguándole la cena en vísperas de las bodas de plata, y después del estropicio se parapeta detrás del periódico, oculta los ojos, pues si "...cuando una mujer amanece callada no hay que mirarla siquiera", cuando ella "ya está más allá de la desesperación" es mejor replegar las alas de gallina para no mirar cómo se caen las plumas del pellejo.

Las deudas de amor se pagan, afortunadamente, con creces. Hemingway deja al final de su vida los recuerdos de guerra y de toros, y se solaza en la profunda simplicidad del viejo pescador que pierde todo para ganarse como héroe, como hombre, como paradigma de ser humano. Cervantes deja de obsesionarse con la idea del Quijote loco, catorce años después de la primera parte, y le otorga a su personaje central características más humanas que los porrazos y moretones, dejándolo que se contagie de la sabiduría popular de Sancho, dejando que reflexione ante la falsa Dulcinea así como ante las causas perdidas. Borges, siempre en contravía, renuncia a ser un escritor de época y, ya ciego, dicta a su amada las últimas líneas de su obra inmortal abrevándose en sólo tres textos que lee y relee como en un espejo, como en un laberinto, como en las rayas



del tigre. Graciela es la deuda de García Márquez. Ella ya no hablará de apellidos ilustres perdidos por su gran amor, ni reclamará por la desatención de dos años sin caricias matrimoniales (esto no pasa de ser un comentario), ni se quejará por la indolencia de una saga familiar.

Ahora es otro cuento.

Esta mujer no está resentida, pues nunca ha dejado de sentir: de sentirse insatisfecha por la suerte que eligió -no que le tocó-, de sentirse incompleta con cuatro doctorados que le sirvieron de poco para prever su futuro, de sentirse culpable de ser culpable "por no

ponerte a tí en tu lugar desde el principio". Esta mujer, así como Fernanda, también extenderá un tono de "moscardón monocorde", pero a diferencia de ella no esperará a que su esposo resuelva una situación que ya está resuelta, pues al fin y al cabo, Graciela ha sido "feliz sin serlo: feliz sin amor", simplemente porque no tenía nada que desear, simplemente por ausencia, simplemente por des-amor.

Un autor más maduro, nos ofrece entonces el placer de escuchar la voz femenina, cargada de reproches, sí, pero también y sobre todo de una conciencia distinta, ajena al



destino que para nuestra cultura se traduce en resignación. Casi al final del monólogo, como pausa y conclusión esperada, Graciela le declara a su marido-maniquí "No aguanto más..." catorce veces, en un crescendo que terminará en grito y que recoge toda la

desilusión de señora bien, agobiada por el peso de la cotidianidad, agobio que no alcanzó a desbordar la otra señora bien, Fernanda del Carpio. Graciela no aguanta más la felicidad quieta y muerta del no deseo; no aguanta más esperar para comer un pescado casi derretido en el

horno; no aguanta más quedar como un "trapo de cocina" cuando él llega, pues con su simpatía se gana fácilmente a sus invitados; no aguanta más afirmar las mentiras de él como si fueran verdades de a puño; no aguanta más el chiste relamido, el reclamo por no encontrar una camisa como si el maniquí la tuviera de lavar y planchar, la ropa tirada en cualquier parte, los calzoncillos en el baño, los pelos de la barba en el lavamanos, el talco de los pies espolvoreado sin misericordia... "No aguanto más que seas tan simpático ¡carajo!", tan diferente a Floro Morales, aquel que la acompañó en París sin seducirla, sin temerle

a la ternura, mientras él, tan igual a los otros, retozaba en Bruselas con su amante de bodas de plata, muy tranquilo y seguro pues la "mamá de repuesto" no corría peligro con ese hombre tan raro, Floro, "del otro equipo".

La deuda queda saldada. O casi. Porque no obstante que García Márquez le da plena voz a su personaje femenino y logra comprender sus penurias de cuarentona que no ha dejado de sentir, y aunque le deja la posibilidad de buscar en otro lo que siempre se negó con el marido-maniquí, y aun cuando deja abierta la puerta para que la búsqueda sea el juego que le lleve el resto de su vida, al final el autor le pone el toque masculino a la Diatriba, al reafirmar

LAS DEUDAS DE AMOR

**SE PAGAN,
AFORTUNADAMENTE,
CON CRECES**

que es una cantaleta de amor, como si veinticinco años no fuera suficiente tiempo para desenamorarse, para mandarlo al infierno del matrimonio feliz, no sólo tras las llamas del periódico incendiado, sino tras la verdadera flama extinta de su corazón femenino.

Baja el telón y tras bambalinas Fernanda y Graciela se miran de reojo, sonrían y cada una va a recoger lo suyo: la primera, los restos de la vajilla, los cristales rotos de las lámparas, los pedazos de tiestos de las matas; la segunda, una vida que se seguirá contando en otros rumbos, ya no como diatriba sino como susurro, como lluvia fina, como milagro diario.